CUATRO LIBROS DE EUGENIO TRÍAS

MARTA LLORENTE

Filosofía del futuro,
ed. Ariel, Barcelona, 1983; 222 pp., (Ariel Filosofía).

Los límites del mundo,
ed. Ariel, Barcelona, 1985; 284 pp., (Ariel Filosofía).

La aventura filosófica,
ed. Mondadori, Barcelona, 1988; 410 pp., (Enfoques).

Lógica del límite,
ed. Destino, Barcelona, 1991; 547 pp., (Ensayos / Destino 2).

La última secuencia de libros publicados por Eugenio Trías parece imposible de desgranar: se presenta como una cadena de pausas y avances resistente a la interrupción. En esta observación está latente la que pudiera hacerse sobre la estructura misma con la que Trías construye su discurso: tejido imbricado en el que se cruzan las estrategias de la exploración filosófica. Tejido en cuya trama el pensamiento continuamente se da a sí mismo y continuamente revisa la posibilidad de su propio lugar, esboza y remodela un sujeto filosófico, una voz que enuncia la trama central del pensar filosófico; y por tanto esboza el objeto mismo de ese enunciado que se declara como idea o médula central de toda filosofía. La construcción musical, que el mismo Trías propone mediante la evocación del principio de variación, puede ser uno de los espejos en los cuales la constitución de esta trama se pone de manifiesto.
A partir de estas cuatro obras, a lo largo de ellas, la voz del filósofo desbroza de todo argumento lateral su reflexión y se yergue frente a un nudo ontológico que traza delicadamente, obstinadamente, con paciencia y pasión: la idea de *límite*. Nudo cuyo destino no es ser *desanudado*, sino mostrado en todo su poder, en toda su contradictoria esencia. Para esbozar a partir de él lo que llegará a ser también un completo proyecto filosófico: pues de alguna u otra manera se agotarán y responderán desde el *límite* las propuestas de ontología, metafísica, lógica, ética y estética. El *límite*, como cerco que es cercado en esta secuencia de páginas y años, se muestra con delicada arrogancia como ese hallazgo que nutre y revitaliza de nuevo una *filosofía primera*. Aunque la filosofía de Trías, su voz, está exenta totalmente de dogmatismo, la clara proclamación del propio alcance no puede ser dogmática. La variación misma es expuesta como antítesis del dogmatismo en un pasaje clave de *Filosofía del futuro*, titulado *Poder y dominio*.
La ordenación de estos libros es metódica, descarnada de argumento, el orden metódico es su itinerario: el método está nervado y fijado, gira en torno a esa idea que brilla en su centro. La escritura, sin embargo,

revierte desde la idea central de límite en asuntos concretos que ilumina, en obras concretas del quehacer humano, en lo que constituye un poso de la historia reavivado aunque no resuelto (la iluminación no es redentora): así el análisis de los dos bloques que tensaron nuestro mundo político desde la segunda posguerra, en el capítulo *Terra y Antiterra de Los límites del mundo*; así, en el mismo libro, el *Gran Vidrio* de Duchamp; así la obra calderoniana, pausa y revelación que se hace en *La aventura filosófica* para mostrar la larvada pasión de sus personajes.

El inicio de esta secuencia de obras se sitúa en *Filosofía del futuro*, cuya escritura finalizó en octubre de 1982. El libro anuncia ese cambio aludido en el registro de la voz que piensa: a lo largo del libro esta voz se establece en derecho de *variar*, en sentido musical, anuncia su timbre y su talante de aproximación a las cosas. El sujeto y la condición de su pensar, la variación, constituyen ya la señal de cómo se organiza el devenir de la escritura, en cauces que engrosarán su caudal hacia los siguientes trabajos, haciendo más tupida la trama, un continuo desdoblamiento que no olvida ni concluye tampoco trabajos anteriores. Modo de pensar en devenir y autoconstrucción del discurso que se hacen ejemplares del pensar filosófico mismo. Aparece así un sujeto que se muestra como el ajuste, a su vez, de diversos «momentos fundadores», respecto a los sujetos fundados ya por la filosofía: recorre esos momentos y encuentra su lugar en la necesidad misma de rebasarlos. Un sujeto que corre «al encuentro de la disposición originaria de asombro y vértigo», pero que se asienta entre los sujetos ya fundados, en su propio lugar, cercano a la predisposición hacia el «salto y la repetición» que posibilitan, según Trías, *pensar el futuro* (págs. 20-21). Prefijando, así, otra de las constantes de su escritura: la continua oferta de una lectura del pasado filosófico.
Porque estos libros rehacen el trazado continuo de una filosofía histórica que se reactiva en la precisa apertura de su propio lugar. Pasado, memoria, de una filosofía que se organiza de distintos modos, nunca en progresión dogmática, sino según la interrogación que se ancla en ellos, y que permite tras de sí que el propio orden se diluya, provisional, para reorganizarse frente a una nueva interrogación. En las diversas ordenaciones, el tejido que constituirá el sujeto se va hilando, tomando de ese pasado reavivado su materia constitutiva: así de Nietzsche y de Heidegger, especialmente de *Ser y tiempo*, y de todo Kant, o de la constraposición a Schopenhauer y a Hegel, o de la justificación del sujeto metódico cartesiano y crítico kantiano. Así de Wittgestein y de su *Tractatus*, de quien se fuerza y reelabora el categórico límite lingüístico. De Platón hay continua presencia reavivada. De su lectura se extrae, por ejemplo, la potencia regeneradora de la interrogación: el eros productivo. También más adelante, en *Lógica del límite*, Platón regresará para trazar una vía nueva a un pensamiento metafísico. El propio Trías llama *camino regresivo histórico* el que le lleva de Kant a Nietzsche, y a hundir raíces en terreno *platónico genuino* para trazar el curso de su reflexión. Esta oferta se contrapone a lo que es uno de los hábitos de renuncia filosófica que caracteriza nuestro tiempo, hábito del que Trías claramente se descarta: ese sentimiento cansado, finisecular, en cuya misma excusa y renuncia de reinterpretar, de desenmascarar lo que la tradición oculta, anida una versión fragmentada e impotente del decir filosófico, dogmática por omisión.
Los límites del mundo, cuya escritura finalizó en abril de 1985, se centra en una segunda interrogación, que abandona como centro al sujeto filosófico y a su asunto, una filosofía del futuro. Se interroga ahora el objeto de esa filosofía: así el lugar del ser como *límite*. El pensamiento del límite se va trazando y remodelando en una perspectiva que tal vez sea el nudo de mayor densidad de esta continua apertura que los cuatro últimos libros de Trías despliegan. El trazado del límite se apuntala en la fuerza con la que en la filosofía kantiana se separan los ámbitos de *lo que puede ser pensado y lo que puede ser conocido;* y también se apuntala en los límites lingüísticos del mundo fijados por Wittgestein. Pero el sujeto filosófico rebasa esos indicios y se enfrenta al ser con la revelación propia del límite como su condición: constituye con este encuentro las bases de una nueva ontología, una ontología del límite que madurará en los siguientes trabajos.

En la primera parte, tres tramos de un método de interrogación sobre el límite se avanzan: el gnoseológico, el ético y el estético. Y en la parte más avanzada del libro, este trazado se rehará, se redibujará, bajo la ampliación del sujeto desde el solipsismo de la primera parte a la comunidad histórica. Lo que Trías anuncia como «el desbordamiento del ser que soy en el ser que somos" (pág. 144). Y en la escritura misma del libro, en la confección laboriosa se caracteriza la insalvable aporía, señalada con frecuencia por Trías, de esa ontología prometida: que la escritura de este libro se dibuja como una continua fricción con ese límite, rebotando contra él y con la imposibilidad de enunciar aquello que lo rebasa.
Se alcanza ya a vislumbrar la idea de *límite* desde el primer tramo, llamado *El cerco*. Este encuentro sucede, nuevamente, de manera metódica, recorriendo un camino trazado que muestre todas las posibles rozaduras de esa línea tangente y circundante que es el límite, como límite de aquello que Trías llama, ya en el umbral del libro, mundo: «la frontera de todo cuanto puede ser experimentado, la línea irrebasable que circunscribe el cerco de lo que puede ser conocido, comprendido o dicho» (pág. 27). Frontera que, en su reverso, limita lo que no puede ser conocido, llamado *sinmundo*, llamado también lo metafísico, *el otro mundo*. Esta geografía del terreno filosófico es el fondo en el que surge la figura del fronterizo, del que define y habita ese límite. Los términos de articulación y tangencia se enriquecen continuamente a lo largo del libro, y lo harán en los libros siguientes: así aparece el término de gozne, hiato, acceso al cerco, alzado del cerco. También los términos extremos, mundo y sinmundo, estarán dotados de un continuo despliegue de nombres y sentidos. Y en torno a esta topografía minuciosamente nombrada, habitada por el fronterizo, se especifica el ámbito y el orden de aparición de ética, en el tramo segundo del método, llamado del *acceso,* y de estética, en el tramo tercero llamado del *despliegue:* de manera que las articulaciones de los dominios filosóficos son examinadas bajo la prominente aparición del límite y en el orden que marca y pauta el método que lo cerca. En el tramo que acoge el pensamiento estético, el despliegue, resurge la idea de símbolo, anunciada en *Filosofía del futuro,* uno de esos cauces permanentes que recorren y atraviesan los libros de Trías, que tienden a engrosarse hacia el avanzar de la escritura. El símbolo se convertirá en nervio firme que articula el cuarto de estos libros, *Lógica del límite.* De momento, el símbolo encontrará su lugar en la geografía fronteriza como vínculo singular que comunica los dos ámbitos desgarrados en el *límite.*
El tercer ciclo del libro sucede al segundo trazado metódico y lo remansa y clausura: brevemente deja resplandecer aquello que se ha acuñado en páginas anteriores como *eso que es,* en palabras de Trías, la proposición ontológica, que «enuncia lo que aparece: "Dice lo que es a partir de la experiencia que los habitantes del límite hacen con lo que excede y desborda dicho límite y con lo que éste deja dentro, como cerco físico o mundano"». (pág. 204). Por lo tanto, este tramo es el verdadero apunte de una ontología prometida a lo largo del libro, que se proclama trágica. Como pronunciamiento categórico abre lo que en el libro es llamado segunda sinfonía: un salto hacia un espacio que sobrevuela el trazado desde y para aquella ontología trágica, el espacio luz. Este espacio, en el que las razones se angostan y que se hunde y escarba en la naturaleza del límite, sólo puede ser ejemplificado, ya que no pronunciado ni recorrido, por constituir el puro límite enunciado. Un objeto singular hace resplanceder así el espacio-luz que Trías selecciona para la clausura del libro: el Gran vidrio de Duchamp.

Pero ni el sesgado aparecer del espacio luz, ni el brusco pronunciamiento de la ontología que cierra la primera sinfonía de este libro, son definitivamente acallados. El siguiente libro, *La aventura filosófica,* cuyo final está fechado en enero de 1988, rehace, metódicamente, varía y recrea, la andadura exploradora del límite y vuelve a poner en pie el sujeto filosófico. Aunque ambas certezas, la que apunta el límite como centro gravitatorio y el sujeto del método como aquel que lo examina, son premisas que organizan en su mutuo entrelazarse la estructura clara y pausada del nuevo libro. Una estructura que redibuja el recorrido del cerco en estaciones. Singladuras se les llama, como tramos de una experiencia desatada al inicio que va

dejando su estela útil para ese cometido que ya se anunciaba en el libro anterior y que no fue más que atisbado como ontología del límite. Pero el libro se quiere prólogo (como expresa Trías que fueron las verdaderas obras filosóficas) de un proyecto que sólo ensaya y que dará vida al siguiente libro: *Lógica del límite.*
Resulta así un libro, él mismo, fronterizo. Porque el anuncio de una lógica que lo sucederá lo ciñe a la continua observación, apuntalada ahora fundamentalmente en Wittgestein, del logos, que Trías llama pensar-decir. El recuerdo de la revelación del límite lo ilumina en su avanzar hacia ese nuevo cometido. Pero ninguna de estas cosas sucede en el propio libro, anclado entre recuerdo y anuncio. Y sin embargo, en la segunda parte, en la que declaradamente se prologa o ensaya esa *lógica* que sucederá, los términos en que es anunciada, y en que se explora de nuevo la posibilidad y el derecho de trazar una *ontología del limite,* son abiertamente seguros.
En este libro se recupera, al mismo tiempo, una mayor amabilidad de la voz que lo dicta y una especial atención a los nombres y calificativos de los hallazgos que sobre el límite recrea, una auténtica derrama de lenguaje, que amplía el vano de las palabras con meticulosa precisión. Y el sujeto, sujeto del método, como sujeto lingüístico, no sólo pronuncia su rica lengua, sino que alcanza una estatura, una fortaleza que de nuevo lo instituyen en elemento prominente sobre la sombra de límite.
Sujeto que aparece en el inicio despojado de todo atributo, y que en su recorrido fronterizo, en su merodear la frontera (porque «debe merodear por la frontera» [pág. 37]), va siendo dotado de todas sus atribuciones; este recorrido constituye la primera parte del libro. Así recibe, especialmente, el don del lenguaje. Sujeto que reaparece en su variar, en su vértigo, en su poder inquisitorio, sujeto que recorre el campo de la ética, sometido a la frase imperativa, *sujeto activo, ético*; y que vuelve a ser *sujeto de eros,* en un campo estético. Y que en una singladura más adelantada esbozará con estos datos una *estética del límite,* que también será retomada en la *futura Lógica del límite.*
Dentro del diálogo establecido en el dominio estético, uno de los episodios más significativos pudiera ser el dedicado a mostrar las obras del silencio y del vacío. Nuevamente el gran vidrio de Duchamp, pero también Mallarmé y sus espacios vacíos, el *blanco sobre blanco* de Malevitch y el *Ulises* de Joyce y su demora que exaspera, que abulta lo insignificante. Y como último eslabón de ese cerco del vacío o silencio, una obra próxima: el episodio que elogia la plaza de Sants de Barcelona, realizada por Piñón y Viaplana.
En el rosario de singladuras que encadenan el recorrido experiencial que estructura este libro, se anudan, entre otras, la que se muestra en la obra de Calderón, mencionada ya, y una dedicada al *Fausto* de Goethe. Pero también se ofrece, y en el camino también, una pausa crucial que reaviva el problema de la interrogación filosófica esbozado en *Filosofía del futuro.* Pausa dedicada a especificar el sentido y significado, la utilidad, del término hermenéutica. Apoyado en las concepciones distintas de Hegel y Hölderlin, y, sobre todo, en la singular interpretación de Hölderlin que permite pensar *(en compañía de Hölderlin* se dice) la difracción de esa situación hermenéutica en el mundo griego y en el occidental moderno. Hermenéutica que dispone una llave de apertura para la frontera, que religa la también difracción de ámbitos que prefigura el límite; y que enlaza el pasado, el ámbito de los destinos cumplidos, y el futuro: «La hermenéutica tiende *puentes* entre los abismos del espacio y del tiempo» (pág. 186).

Finalmente, la publicación de *Lógica del límite,* en febrero de 1991, significa un trabajo en términos más conclusivos sobre ese límite que encadena la misma serie de libros expuestos. Esta vez no es el método el que se pacta en el inicio del libro, sino que todo su inicio constituye una apertura en forma de estética, *estética del límite,* cuya función se esclarece más adelante. Justamente porque el libro se prometió y se definió como *lógica del límite* se abre como estética: porque esa estética se constituye en la pieza más extrema en que el *logos* ocupa el lugar del límite, un lugar en diálogo con el cerco hermético. El despliegue de esta estética se articula diferenciando las artes fronterizas, música y arquitectura («las que hacen habitable esa frontera del mundo» [pág. 403]); y las artes apofánticas, la pintura y las artes del lenguaje. La relación con

el objetivo de esta lógica, que trata de conceder logos al límite, se expone tras mostrar la diferencia entre las artes apofánticas y las fronterizas. Porque las segundas, las fronterizas, se asientan sobre una posibilidad límite de logos: en este libro ellas desvelan un sentido apenas previo de logos, que, en palabras de Trías, «retrocede de esa concepción de logos como manifestación y declaración, a una interpretación más radical y liminar, o fronteriza, del logos, la que traduce éste como razón-proporción, o como medida y número» (pág. 178). Lo que interesa sobremanera resaltar aquí es ese retroceso: paso hacia atrás, paso que fuerza el límite en música y arquitectura desde el espacio de lo que es declarado en el interior de ese mundo lingüístico que radicalmente selló Wittgestein en su frontera. Esas artes fronterizas abren así una grieta en la frontera o, tal vez, solamente permiten habitar el justo punto de la frontera. Porque Trías se manifiesta categórico en la negación de lo prelingüístico: los usos del logos que se revelan en las prácticas musicales y arquitectónicas, y también de algún modo en las pictóricas, «no son prelingüísticos, sino limítrofes». Las determina un repliegue, un retroceso desde el lenguaje, desde el nombrar, no una ocasión desposeída de lenguaje.
El ámbito estético se desplaza hacia el límite, se encarama en ese límite, dotado de un elemento que hace posible la comunicación con lo hermético: el símbolo. En realidad, es ese mismo elemento simbólico el que da lugar a una exposición estética que abre el libro, y a un diálogo más críptico que lo cierra: el diálogo con lo sagrado que, a su vez, promete quizá el curso de nuevos trabajos de Trías no publicados hasta ahora. Hacia el final del libro, escribe: «Será preciso, por tanto, alguna vez dialogar con aquellas formas en que ese misterioso cerco hermético fue anunciado y colonizado» (pág. 521).
Pero quizá lo que más destaca este libro de los dos anteriores es que en él el límite se ensancha, da lugar y cabida a ese proyecto de ontología prudentemente demorado. Se hace fértil el espacio del límite justamente en la exposición estética y en la definición de lo simbólico, forzando las posibilidades de toda *lógica*. Es éste un libro especialmente presionado por la sombra de Wittgestein: esa sombra se proyecta como aquello que es dificultoso pero es preciso rebasar. Porque muy claramente Trías nos advierte de cómo ese límite en Wittgestein (y también en Kant) es negativo: está borrado y tachado. Definición negativa que hace de todo lo externo al ámbito del mundo, mera proyección de él.
El límite, aquí, se constituye en lugar positivo de la proyección de esos dos ámbitos, el mundo y el sinmundo, o el cerco del aparecer y el cerco hermético (*morada de los infinitamente muertos* en este libro que sabe hablar de la muerte). Resolviendo el debate histórico que muestra esos ámbitos en proyección mutua, excluyéndose el uno al otro y dibujando su tangente negativa. Y sustituyendo una topografía bipartita por una tripartición que da cabida al territorio fronterizo. El *límite* henchido como «un territorio o una franja de naturaleza afirmativa y positiva» (pág. 406) permite cerrar, suturar, la cascada de distintos cauces que en los libros se va desatando y la persecución de aquel proyecto de ontología. Porque ese lugar se afirma en este libro, escueta pero categóricamente, como lugar del *ser*, lugar que enraiza al ser.

Lo que aquí se comenta de estas obras de Trías no alcanza a dar cuenta de aquello que los cuatro libros laboriosamente describen, sólo pretende ser una llamada de atención sobre una lectura que vale la pena practicar con paciencia de lector desocupado. La lectura verdaderamente placentera no se puede defender jamás como la que conduce a un saber inmediato y mucho menos a la de una resolución práctica de nuestros asuntos: como operación correlativa a una escritura verdaderamente filosófica se debe entender, según el mismo Trías expresa, como algo inútil y, en cierto modo, provocador. Éste es el lugar que quiere tener la exposición de su trabajo en un mundo de arquitectura como es el nuestro. Si la arquitectura es tratada en estos libros, si ocupa un lugar en una propuesta estética, es porque esa misma propuesta estética ocupa *su* lugar en una *filosofía primera*. Como conquistan su lugar relativo las figuras en una jugada de ajedrez.
Son libros que merecen ser tratados con tiempo, leídos *da capo a fine,* sin apremios. Son libros que permiten recuperar el pulso lento y silencioso de la lectura como puro movimiento de la inteligencia.